

masiado evidente é inútil el darlo, pues no puede ser otro el objeto del médico, que procurar la salud del enfermo y no dañarle. Pero despues de haber visto á muchos médicos célebres reprendidos justamente por haber prescrito sangrias, baños, purgas, vino ó agua fría, comprendí, que tanto Hipócrates, como otros muchos prácticos de entonces, habrian incurrido en errores semejantes; y que era preciso, al administrar un remedio enérgico, no solo tener en cuenta el alivio que podia producir, sino tambien el daño que podia ocasionar, en el caso de que no correspondiera al objeto que me proponia. Algunos médicos, á la manera de los jugadores de dados, ordenan remedios, que si no corresponden á sus miras llegan á ser funestos á sus enfermos. Los que empiezan ahora el estudio de la medicina, creerán indudablemente, como yo creía en otro tiempo, que este consejo: "Ser útil ó al menos no dañar," es indigno de Hipócrates; pero estoy bien convencido de que los prácticos comprenderán perfectamente toda su importancia, y si alguna vez les acontece producir algun mal en sus enfermos, por la administracion intempestiva de algun remedio activo, entónces será cuando conciban todavía mejor el sentido y gravedad del precepto que nos legó Hipócrates". Estas justas reflexiones del insigne Médico de Pérgamo nos manifiestan claramente quanto importa al médico no olvidar jamas este sapientísimo, al par que muy sencillo precepto. Siempre que un médico se acerca á un enfermo debia, con la imaginacion representarse al venerable Anciano de Coos diciéndole: "A lo menos no dañes".

Procederá luego á examinar al enfermo con suma atencion y cuidado sin que nada se le escape, todo conforme á las prescripciones de la ciencia, preguntando á los asistentes todo cuanto sepan acerca de la enfermedad de que se trate; y cuando haya adquirido todos los datos posibles, formado el diagnóstico y elegido el remedio, por el que ha de comenzar el tratamiento, recete, instruyendo en seguida minuciosamente al enfermo y á los asistentes en todo cuanto deben hacer, sin olvidar ninguna circunstancia por insignificante que parezca. En sus relaciones con todos usará un lenguaje claro y sencillo, sin emplear términos

técnicos, sin referir los milagros que han obrado sus remedios, sin soltar pronósticos aventurados, sin prometer lo que tal vez no podrá cumplir y sin hablar mucho: pues si piensa con todas estas cosas ganar el crédito de gran médico, se engaña, solo ganará la fama de pedante y charlatan, y en vez de ganar la confianza de las gentes comenzará por perderla. Mucho mas le valdrá, sin duda, ser discreto, reservado y medido en el hablar.

Si del exámen que hizo del enfermo y los asistentes no puede elevarse al conocimiento exacto de la enfermedad ó del método curativo que ha de seguirse, es el caso de provocar una consulta, si fuere posible, ó de repetir el exámen con mayor atencion, por si en el primero se le escapó algo, é ir á estudiar el caso, ó á consultarlo con alguno de sus compañeros.

No multiplicará las visitas sin necesidad, ni las escaseará demasiado: lo primero puede acarrearle la nota de avariato y lo segundo la de descuidado. Hará, pues, huyendo de estos dos extremos, las visitas que realmente crea necesarias, y nada mas.

A imitacion del Padre de la Medicina llevará un diario exacto de todo lo que vea y haga como médico. Así tendrá una reunion de hechos prácticos observados por sí mismo, de los que despues podrá sacar gran provecho. No son otra cosa los admirables libros de las Epidemias de Hipócrates, cuya riqueza han explotado los prácticos, y aun explotamos todavia. Mas para que estas observaciones sean verdaderamente útiles, han de estar escritas en términos claros y sencillos; han de contener los hechos referidos con toda verdad, porque la menor mentira los desnaturalizaría y hecharía á perder, y han de estar coleccionadas con algun orden para que sea facil consultarlas y entenderlas cuando sea necesario.

Cuando un médico se encarga de curar á un enfermo, lo ha de asistir con toda eficacia y empeño hasta que la enfermedad termine, ó le despidan el enfermo ó sus parientes. No debe abandonar al enfermo intempestivamente, porque se hace responsable de las consecuencias que produzca su abandono; y solamente le es lícito abandonarlo

cuando le consta que no hacen lo que él manda, y cuando llamen, sin avisarle y despedirlo, á otro médico para que siga la curacion. Si despues de estas cosas lo llaman otra vez para ver y asistir al mismo enfermo, debe ir sin dilacion, sin hacer caso de lo pasado, y solo podrá exigir la promesa de que han de hacer lo que les mande, y de que, cuando quieran llamar á otro, le han de avisar primero.

En el terrible caso de que haya necesidad de aplicar un remedio peligroso, ó de hacer una operacion que ponga en peligro la vida ó acarree la pérdida de un miembro, debe procederse con la mayor cordura, estudiar y considerar bien el caso, consultarlo con otros médicos, manifestarles sus esperanzas y temores, escuchar sus consejos, proceder de acuerdo con ellos, y hacer que le ayuden y presencién todo, pues de esta manera salvará su responsabilidad. Sin embargo, cuando el mal sea tan urgente y ejecutivo que no dé tiempo para hacer estas diligencias, que no halla con quienes consultar y asociarse, y sea absolutamente necesario aplicar el remedio sin pérdida de momento, lo hará con cuanto mas cuidado y advertencia le fuere posible, reservando para despues la obligacion de dar cuenta de su conducta y justificar su procedimiento.

Cuando tenga que dar sus auxilios á un enfermo incurable, es cuando necesita mayor calma, mas prudencia y tener muy presente, que si no puede dar la salud, á lo menos debe apaciguar los dolores y prolongar la vida cuanto mas le fuere posible. Hablando de esto el sabio Hufeland dice: "Este precepto es de tal importancia, que nadie puede separarse de él sin exponerse á causar las mayores desgracias. Pero, ¿se ha comprendido bien toda su latitud, ó se guarda acaso con la debida escrupulosidad? Cuando una persona sufre el peso atroz de un mal incurable, que le obliga á desear morir cuanto antes, ó cuando los efectos de una preñez ponen en peligro á una mujer, el buen médico podrá vacilar sobre si le es permitido, ó si quizá está obligado á librar aquel infeliz del cúmulo de sus miserias, ó de sacrificar en el otro caso la vida del hijo ó la de la madre; pero que se guarde de dar rienda á semejantes racionios, por plausibles que parezcan, por que no dejan de ser muy

falsos, y cualquiera accion que de ellos dimanara sería en extremo criminal, y merecería un severo castigo. La obligacion especial del facultativo es *conservar la vida*: que ésta sea una fortuna ó una desgracia, que tenga ó no alicientes, son cuestiones que de ningun modo le importan; y si las tomase en cuenta para dirigir su conducta, las consecuencias serian incalculables, y llegaría á hacerse el individuo mas peligroso para la sociedad, porque salvada una vez la valla de sus atribuciones, y persuadido del derecho que tiene de fallar sobre la necesidad de la existencia de sus semejantes, no le falta mas que un paso para extender á otras aplicaciones mas graves la atroz idea del poco aprecio que puede tener la vida de un hombre."

"La vida puede abreviarse no solo con las acciones, sino tambien con las palabras y demostraciones del médico, quien puede hacerse, sin quererlo, responsable de los resultados. Por consecuencia, es deber suyo muy importante seguir una conducta prudente, evitando por todos medios el abatir ó desanimar á los enfermos. Nunca ha de decir, ni hacer cosa alguna, que tienda á incomodar y empeorar el estado del que se entrega en sus manos; y tanto sus expresiones como sus gestos han de ser vivificadores, por decirlo así, pues el enfermo le mira como un juez que va á pronunciar sobre la vida ó la muerte, y espía este fallo en sus palabras y en su semblante. ¿No es cierto que el temor de la muerte, la ansiedad y el espanto son los venenos mas activos, y que paralizan inmediatamente la fuerza vital, al paso que el valor y la esperanza reaniman mas que ningun medicamento? Y aun podemos decir que estos no obran con eficacia sin la cooperacion de aquellos agentes morales. El facultativo debe, pues, animar al paciente, pintar con bellos colores su situacion, disimular el peligro y mostrar mas serenidad cuanto mas grave se presente; y para evitar toda sospecha de ligereza ó de ignorancia, puede revelar la verdad á los parientes, recargando el cuadro de su relacion, si acaso los encuentra frios y descuidados. Vemos, segun esto, cuan culpable es la conducta de aquellos que no tienen reparo en descubrir al mismo enfermo el peligro en que se halla, y aun en anunciarle la muer-

te, y cuan mal hacen los parientes en desear que el médico se encargue de semejante comision. Nadie tiene derecho para imponérsela, y jamás debe aceptarla, porque anunciar la muerte, es darla en realidad, y no puede ser este el oficio de un hombre que está destinado á dar la vida. Aunque el mismo enfermo desee que se le diga la verdad, bajo el pretexto de arreglar sus negocios, ó por cualquier otro motivo, jamás se le debe notificar que está cerca el término de sus días; y tengo noticia de dos casos en que excelentes profesores fueron causa del suicidio de los enfermos, á quienes revelaron que su enfermedad era incurable, condescendiendo con sus importunaciones."

Ademas de estas sabias consideraciones del hipocrático Húffeland, yo añadiré: que notificarle á un enfermo su sentencia de muerte es amargarle los días que le quedan de vida y, aun cuando su desesperacion no llegue á hacerle pensar en el suicidio, siempre se le abrevia la vida, porque el temor de la muerte le quita el apetito, el sueño y la tranquilidad de espíritu tan necesarios para su conservacion: me acuerdo de un pobre sacerdote á quien un médico imprudente reveló que tenía un aneurisma y que moriría repentinamente cuando reventara. Tres años vivió este infeliz paciente sin esperanza ni consuelo, continuamente alarmado, esperando la muerte en cada tosida, en cada paso, en cada movimiento, hasta que la muerte vino á librarlo de una vida que era un tormento.

Por otra parte, ¿que seguridad puede tener el médico de que sus decisiones son infalibles? Por ventura, ¿no es hombre y como tal sujeto á errar? ¿Habrá alguno tan jactancioso que pretenda conocer perfectamente todos los recursos que tiene la naturaleza para curar las enfermedades y para alargar la vida de los hombres? L'enos están los anales de la ciencia de diagnósticos errados, de pronósticos fallidos y de curaciones maravillosas. Déjense, pues, los médicos de faltar á un deber tan sagrado, por solo el gusto de parecer acertados en su práctica, sin considerar que se exponen á errar el pronóstico y á perder de todos modos el crédito.

Otra cosa hay que no debe olvidar el médico jamas, y es

lo que concierne al delicadísimo arte de recetar, supuesto los conocimientos que debe tener sobre esta importante parte de la ciencia, pondrá toda su atención al hacer la receta, como el complemento de todo su trabajo y el documento auténtico, que ha de quedar de su modo de proceder. Escriba, pues, el médico su receta con sumo cuidado, con letras bien claras y en términos claros y precisos, leala despues de escrita y vuelva á leerla hasta que esté cierto de que no está errada ninguna palabra, ni puede dar lugar á equívoco alguno. Además al recetar, si fuere posible sin perjuicio del enfermo, cuidará de preferir los remedios mas simples á los mas complicados, los indígenas á los extranjeros y los de menos costo á los caros, porque no debe el médico aumentar inutilmente los gastos de nadie, y principalmente si se trata de gentes de escasa fortuna. Por la misma razon cuidará de no mandar traer cantidades excedidas de medicamentos, que despues serán inútiles, y de no recetar muchas cosas á la vez, porque esto dificulta su aplicacion, embrolla el método y hay que tirar lo que no pudo aplicarse. Tampoco le es permitido dejar en poder de los enfermos y sus asistentes medicamentos venenosos, que puedan ocasionar una desgracia; cuando le sea necesario recetarlos mande traer las cantidades muy precisas y, si le fuere posible adminístrelos por sí mismo, llevándose las dosis que queden para administrarlas despues.

No se ocupará el médico de vender ni administrar remedios secretos, porque esto es indigno de un hombre de bien, ni de usar en sus enfermos aquellos cuya composicion y efectos le son desconocidos, como suelen ser los que llaman "de patente."

Finalmente, cuando el médico visite sus enfermos comienze por los mas graves, por los que mas lo necesiten; y nunca degrade la ciencia poniéndola al servicio de los grandes con agravio de los pequeños. Para el médico todos los hombres son iguales y no debe establecer entre ellos mas distincion que la que resulte del diverso grado de sus padecimientos.

EL MEDICO Y SUS CONPROFESORES.

Si la ley natural manda que todos los hombres se amen mutuamente, si el patriotismo ordena que los conciudadanos hagan otro tanto; y si el interes científico exige que todos que profesan una misma ciencia se unan y se estrechen para comunicarse sus conocimientos y formar un solo cuerpo, porque de otro modo su ciencia no progresa, ¿que diremos de un médico que aborrece á sus compañeros? ¿Que diremos? Que es mal hombre, mal ciudadano y mal profesor, es decir, que es tres veces malo. ¿Y que pasiones pueden hacerlo caer en este tremendo yerro? No son otras mas que la soberbia y la avaricia. O el médico se cree superior en talento é instruccion á otro y le desprecia y le mal quiere, ó vé con envidia los progresos y el dinero que gana otro y le hace la guerra por desbancarlo, cosas que no pueden hacerse sin aborrecerlo. Yo creo que es mucho mayor el número de los descarriados por la avaricia, que el de los que lo son por la soberbia, porque siempre he visto que son muy pocos los que desprecian con altivez las riquezas, y es infinito el número de los que se encorban y humillan ante el poder del dinero. Así lo comprendió el célebre Dr. Francisco de Villalovós, médico del Rey Fernando V. el católico; pues en su poema sobre el mal de bubas escrito en 1498 les dá á los médicos este sabio consejo:

“Y no dé lugar á la envidia malina
Que calle lo bueno, y pregone los yerros,
Que muchos letrados en la medicina,
Por cuanto concurren en una rapina,
Se muerden así como gatos y perros.”

Para librarse de la soberbia basta considerar: que es muy difícil juzgar á los demás é imposible juzgarse á sí mismo; que todos los hombres nacen iguales por naturaleza, y con iguales derechos, que es muy poco lo que sabemos y muchísimo lo que ignoramos, y que la naturaleza

produce talentos grandes y pequeños sin que nadie tenga derecho de apropiarse el que quiere, y hay que contentarse con el que se recibe. El que considere filosóficamente estas cosas dejará de ser sobervio y de aborreser á sus semejantes. Mucho mas difícil, á mi juicio, es enfrenar la avaricia. El único remedio que han hallado los teólogos, que son los verdaderos médicos en este caso, es, que el avariento se haga dadivoso y convierta su odiosa pasión en beneficencia. Pero, ¿cuan pocos hay que adopten este saludable remedio! La mayor parte de los avaros se aferran á su maldito vicio y se endurecen de tal manera, que suele decirse que se les metaliza el cerebro. Impongo, pues, mucho á los médicos jóvenes que con todas sus fuerzas ahoguen en el principio la soberbia y la avaricia para no dejarlas crecer, arraigarse y convertirse en vicios; al mismo tiempo que deben tener siempre muy presente que Hipócrates nos aseguró con juramento, que jamas tiene razon un médico para envidiar á otro.

La ciencia médica es un tesoro comun, que pertenece á la humanidad entera: los médicos son los administradores de este tesoro, y si se desacuerdan, lo administrarán mal y serán responsables los que provoquen el desacuerdo de los daños que resulten. Unáanse, pues, todos, no solamente los que viven en un pueblo, sino los de un pueblo con los de otro, los de una nacion con los de otra: escriban lo que puedan, lean lo que otros escribieron, procuren relacionarse unos con otros, como pudieren de palabra ó por escrito; y en todas sus relaciones trátense siempre con atención, benevolencia, dignidad y franqueza, como con profesores, es decir, como hermanos, hijos todos del grande Hipócrates.

El que habla mal de otro, y procura levantar su fama y su fortuna sobre la ruina de su compañero, se envilece á sí mismo y es causa de que juzguen mal de la ciencia, es en suma, como los empleomaníacos que solo piensan en derribar á otros para colocarse ellos, gente que todo el mundo desprecia, por que se ha envilecido á sí misma y ha sido causa de que se pongan en duda aun los mas sanos y firmes principios de la política. Así es que, un buen profesor jamás debe denigrar á nadie, y menos á sus conpro-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

tesores: y para que sus relaciones sean justas y arregladas á la razon, los ancianos vean á los jóvenes con cariño é indulgencia, y los jóvenes vean á los ancianos con respeto y consideracion: los que saben mas ilustren á los que saben ménos, y los que aprendieron agradezcan á los que algo les enseñaron: los fuertes amparen á los débiles, los sanos socorran á los enfermos; y todos véanse como miembros de un mismo cuerpo, destinado á una cosa muy santa, cual es el alivio de la humanidad.

En cuanto á las consultas que suelen tenerse á la cabecera de los enfermos ya nos dió Hipócrates las reglas mejores que hemos de seguir, y que se reducen á exponer las opiniones con sencillez y buena fé, á no exaltarse por nada, y no injuriarse: estas mismas deben seguir en toda reunion científica, cualquiera que sea su objeto.

Mas en materia de relaciones profesionales hay un caso extremadamente difícil y enbarazoso para un médico, y de dificultosa resolucion para el moralista, y es, cuando un enfermo imprudente y necio llama á un médico para que califique las recetas ó procedimientos de otro. Por fortuna mia el buen Húffelund trata este punto á maravilla, escuchadle: "Es muy mala la costumbre que tienen algunos enfermos de consultar sus dolencias con otros médicos, además del que los asiste, y muy digna de censura la de ciertos facultativos que se aprovechan de esta coyuntura, para inspirar desconfianza contra el médico de cabecera, con el fin de desbancarle. El hombre de bien jamas obra de esta manera pues léjos de tratar de ganarse tales parroquianos, les hará conocer su indiscreción, manifestándoles, que no puede formar ningun juicio ni aventurar consejo alguno, sin entenderse con el facultativo de cabecera y conocer el plan que ha adoptado. No es tan indiferente como se cree, el emitir una opinion general sobre la naturaleza y curacion de cualquiera dolencia, porque con aquella se puede, aun sin mala intencion, sembrar la duda y la desconfianza en el paciente, y suscitar obstáculos y sinsabores á su médico. Sin embargo, si vemos que este sigue un método desacertado y perjudicial, el interes de la humanidad debe imponer silencio á cualquiera otra consideracion. Entónces es ya

imposible llenar una obligacion imperiosa, pues si la vida se halla en peligro, tenemos que seguir sin vacilar los impulsos de nuestra conciencia, de lo que ningun médico sensato puede ofenderse; mas si el riesgo no es muy urgente, propóndremos una consulta, y en caso de que el enfermo la rehuse por razones particulares, nos veremos precisados á avocarnos, sin que él lo sepa, con el facultativo que le visita, para exponerle nuestro parecer. Tal es el modo de conciliar los deberes que reclaman los enfermos, con los que debemos guardar respecto de nuestros compañeros de profesion, haciéndonos útiles á los unos sin perjudicar á los otros."

"Cuando el paciente pierde la confianza que tenia en su médico y está decidido á depositarla en otro, ni ha de negarse este, ni ofenderse aquel, porque la opinion individual es libre y merece respeto. Lo que importa es que por una y otra parte haya igual franqueza y consideracion, como debe haberla entre los hombres bien educados."

"Siempre que un enfermo deja un facultativo para buscar otro, procura justificar su conducta murmurando, con razon ó sin ella, del primero; y desgraciadamente casi todos los médicos tienen la mala política de adherirse á sus relatos, para caudonar el plan curativo que se ha seguido. Pero no es esta la conducta que corresponde á un profesor de probidad, quien al momento conoce que seria muy indecorosa respecto á su colega, y cruel para con el paciente, en razon á que se afligiria, no sólo porque se hubiese perdido en vano el tiempo y el trabajo de la cura, sino porque creeria que su dolencia se habia agravado en gran manera, ó que tal vez se habia ya hecho incurable. Parece imposible que haya un hombre que pueda con semejantes indiscreciones, ó por malignidad, llenar á sangre fría de amargura los últimos momentos del que padece; y cuando no por guardar buena armonía con nuestros compañeros, estamos todos obligados por humanidad y por el bien del mismo enfermo, á no desaprobamos nunca la conducta del facultativo anterior, pretextando otras razones, para que el doliente atribuya á ellas el no haber experimentado hasta entónces ninguna mejoría."

EL FARMACEUTICO.

Hipócrates nada dijo de los Boticarios, porque en su tiempo no los había. No había entonces mas que Médicos, y de estos unos salían á ver á los enfermos, y eran llamados Médicos Terapéutas, y otros se quedaban en la casa preparando los remedios y estos se llamaban Médicos Farmacéutas. En nada se diferenciaban unos de otros, tenían los mismos estudios, los mismos privilegios, las mismas obligaciones y las mismas responsabilidades. Hoy todavía, á pesar de la diversidad de sus estudios, debemos considerarlos de la misma manera. La Farmacia es parte de la medicina y tiene el mismo objeto que ella, el juramento de los Farmacéuticos es absolutamente el mismo de los Médicos, ambos están destinados al servicio de la humanidad doliente, al servicio de la justicia como Médico-legistas, ambos tienen iguales obligaciones y responsabilidades; en suma, los Farmacéuticos no son mas que Médicos que se quedan en casa preparando y despachando los remedios; por consiguiente, *mutatis mutandis*, deben apropiarse todas y cada una de las reglas de la moral médica. Si el Médico está obligado á no ser avariento y á no especular con las miserias humanas, la misma obligacion tiene tambien el Boticario. Una botica no es un establecimiento mercantil destinado á enriquecer á su dueño, es un establecimiento destinado al servicio público bajo la direccion de un profesor que ha jurado ser hombre de bien y procurar ante todo el bien de la humanidad, y al cual alcanza plenamente el precepto hipocrático de *no desollar á los que están en peligro*. Debe, pues, el Boticario contentarse con sacar, por sus honorarios profesionales, una moderada ganancia; y no vender para los enfermos á peso de oro cosas que en sí casi nada valen, ni menos hacer pagar á los pobres el lujo inútil de vistosos envases, de envolturas pintadas, de sellos, etiquetas y marcas que absolutamente de nada sirven. Lo mismo que el Médico, debe estar el Boticario dispuesto á servir pronto y bien á cuantos pidan su auxilio á cualquiera hora del dia y de la noche. La misma obligacion que el Médico tiene

de examinar cuidadosamente á los enfermos, tiene el Boticario de examinar cuidadosamente los remedios. El Médico debe vigilar los efectos de los medicamentos, y el Farmacéutico debe vigilar el estado de ellos, para que puedan producir sus necesarios efectos. El Médico estudia el modo de obrar de los remedios, y el Boticario estudia el modo de prepararlos. El Farmacéutico prepara, el Médico aplica, los trabajos de ambos se dirigen á un mismo y único fin. Ni el Médico debe dañar á nadie con lo que ordena, ni el Boticario con lo que despacha. El Médico ha de poner sumo cuidado al recetar, para que el Boticario entienda bien; y el Boticario debe leer y releer cuidadosamente la receta hasta que esté seguro de que la entendió bien; y si la encuentra errada ó le parece absurda debe anotarla y devolverla para que el Médico la reforme ó se explique mejor, porque ambos tienen igual obligacion de procurar el bien de los enfermos. Cuando Hipócrates dijo: "*Si no puedes hacer bien á lo menos no dañes*," habló con los que salen y con los que se quedan, por eso tienen iguales obligaciones y responsabilidades idénticas. Así es que Médicos y Boticarios son una misma clase de hombres, forman una misma comunidad, y cuanto se dice de los unos se entiende tambien de los otros. Aplíquense, pues, y observen con fidelidad y honradez en sus actos profesionales y fuera de ellos, vuelvo á decir, *mutatis mutandis* las mismas reglas de la moral.

La Medicina y la Farmacia no son útiles sino en cuanto los que las profesan son buenos y las aplican y reducen á prácticas debidamente; el dia que estos profesores rehusen sujetarse á los preceptos de una moral severa y no cumplan estrictamente con sus respectivos deberes, serán mas perniciosos que útiles á la humanidad; y entonces seria mucho mejor borrarlas del catálogo de las ciencias y desterrarlas del mundo.

